

toda la indignacion de los legisladores: porque en el mismo momento en que acababa la asamblea de manifestar su furor contra una carta pastoral publicada por el Obispo de Tolon á favor de la conservacion de la fe católica, subió á la tribuna, y pronunció lleno de valor este discurso.

„ Señores, se ha dicho que yo he retractado mi adhesion á la declaracion de los del menor número sobre la Religion católica. Es la verdad que con la ocasion de algunas turbaciones, he hecho lo que me pareció exigir de mí la prudencia y el deseo de la paz; pero al presente que veo la inutilidad de este paso, debo declarar que jamas he olvidado lo que debo á Dios, de quien tengo la dicha de ser ministro, y á la fe- ligresía de que soy Cura: pido, pues, que se tenga mi nombre por no borrado de la lista de los que firmaron la tal deliberacion, ó que se me permita ponerlo en ella de nuevo y para siempre.” No habiendo perdonado jamas los jacobinos este género de valerosos actos en favor de la Religión, se dexa bien entender que esta retractacion solemne fué para Mr. de Gros un manantial de persecuciones, que sufrió hasta el fin con la firmeza que habia prometido.

Desde el 13 de Agosto hasta el 2 de Septiembre subió el número de los Eclesiásticos encerrados en San Fermin á 92: conforme se cogian se sellaban todos sus efectos y habitaciones, y se les negaba toda comunicacion: tenian por alojamiento dos galerías, en cuyas dos extremidades y medio de cada una habia centinelas con orden de impedir el paso de un quarto á otro, siendo Mr. el abate Boulangier, como procurador de la casa, el único que tenia permiso de verlos para proveer á sus necesidades, que eran abundante y generosamente socorridas por la caridad de los fieles, porque la sesion no les suministraba cosa alguna, ni permitia que se les traxesen sus efectos aun necesarios.

En la iglesia de los Carmelitas fueron ciento y veinte los Sacerdotes encerrados, ó mas bien amontonados unos sobre otros desde la primera semana, y mayores los trabajos que sufrieron hasta que se dió permiso á los fieles de acudirles con los objetos de primera necesidad. Habian pasado ya dos dias con

sus noches sin otra cama que una silla, estando muchos oprimidos de enfermedades, otros de una extrema vejez, y no pocos de una suma indigencia hasta del alimento preciso, quando movido á compasion uno de los sesionarios que habia manifestado mas ardor en su prision, dió orden para que se dexase entrar lo que les enviasen, cautelando siempre que no se introduxesen armas. Despues fué él mismo por las casas convidando á las personas caritativas á su socorro; pero no necesitaban de su exhortacion los fieles, que condolidos no esperaban mas que el momento del permiso, y así inmediatamente les enviaron camas y lienzo, y dieron orden á un fondero de enviarles el alimento todo en abundancia, y particularmente una Señora, que jamas quiso dar su nombre, se hizo cargo de contribuir para veinte de los santos Confesores mientras durase su prision. Con el mismo zelo iban en las horas señaladas los amigos á consolar, ó mas bien á edificarse con su paciencia y alegría, que era tal, que hacia venir por curiosidad á los que no los conocian.

Imagínese una iglesia de mediana extension, ocupada toda hasta las peanas de los altares de camas pegadas unas á otras, y esta era la pieza en que habitaban y dormian con mas tranquilidad que sus perseguidores en lecho de plumas, haciendo cuenta cada noche, antes de recogerse, que podia ser la última en que se entregasen al sueño para despertar en el seno de los bienaventurados, y quando la claridad les anunciaba que tenian un dia mas en que vivir, se levantaban todos, y puestos de rodillas daban gracias á Dios por haberlos escogido para dar testimonio de su santa Religión, suplicándole les diese valor para perseverar hasta el fin. No se les daba el consuelo de celebrar la misa; pero ellos la suplían diciendo devotamente las oraciones de ella, y uniéndose en espíritu á la que sabian celebraba en Roma el Sumo Pontífice á cierta hora. Mantenian, remudándose, perpetua adoracion delante del altar, se ocupaban en leccion espiritual, y el tiempo que les quedaba de estos ejercicios lo gastaban en conversacion de las cosas celestiales, enfervorizándose por este medio para el martirio.

Llegada la hora de comer era de ver la extraña contraposicion de unos feroces soldados que se dividian, unos á regis-

trar lo que se entraba, atravesado con las espadas el pan, la carne y hasta el caldo de los enfermos, por si venian ocultas allí armas ó cartas, y otros á hacer centinela al rededor de las mesas y por otra parte, de unos santos Confesores, riéndose de las cautelas que se usaban para mantenerlos sin armas en una prision en que estaba su gloria y felicidad. El médico cívico se habia visto obligado á pedir les fuese permitido salir á la huerta, por recelo del contagio que se podia originar de tantas personas encerradas dia y noche con sus guardias en sitio tan estrecho, y en atención á esto les fué concedida una hora á la mañana y otra á la tarde, la que alteraban los guardias segun su capricho, haciéndolas tomar a veces juntas, y á veces por sola la mitad de los presos. Aun estos desahogos eran santos, retirándose los mas á una capillita de la Virgen que habia en un extremo de la huerta, donde junto con el ayre mas puro que respiraban, cobraba su espíritu nuevas fuerzas en la continuacion de sus oraciones, rezando otros el oficio, ó leyendo la Escritura, ó teniendo santas conversaciones, con lo que volvian alegres á su prision, si prision se ha de llamar la casa de Dios para sus Confesores.

Á este tiempo se renovaba por lo ménos una vez al dia la lista, y el tono con que respondia cada qual al oír su nombre, daba bien á conocer que léjos de haber intentado escapar, seria su pena el no estar incluido en aquel número. No era tampoco siempre igual la dureza de los guardias, porque alternando los nacionales de Paris con los bandidos, que se honraban con el nombre de *sans-culottes*, tenian algun alivio en la humanidad de aquellos; pero el dia que tocaba á estotros, feroces por genio y por educacion, experimentaban un imperio cruel en las injurias groseras, amenazas y negativa de quanto les pedian, pareciendo á los bárbaros este proceder la mayor prueba de zelo por la patria; y esto era en tanto grado, que se vieron precisados los santos presos á decir á sus parientes y amigos que no vienesen á visitarlos el dia que tocase á tales hombres la guardia, queriendo ver y sufrir ellos solos sus atrocidades. Y con todo, aun estos mismos llegaron mas de una vez á enternecerse, viéndose á unos hombres que llevaban tales ultrages con una resigna-

cion, y aun alegría que indicaba cosa todavía mas alta que mera inocencia. » Yo mismo he visto, me decia despues el abate » de la Pannonie, algunos que no podian dexar de llorar nuevas suerte y declamar contra la injusticia que se nos hacia, á » quienes tuve que persuadir que fuesen mas prudentes, dicién- » doles que éramos mas dignos de envidia que de lástima, y » que no sentiamos otro mal, que el que se nos calumniase de » aborrecer á un pueblo de quien éramos y habiamos sido » siempre los mejores amigos; pero que aun esto sufriamos por » Dios, en la cierta ciencia de que la causa de calumniarnos así » era el odio de la Religion. » Muchos guardias nacionales no necesitaban esta respuesta para conocer nuestra inocencia, y despues de haber llorado por nosotros lloraban por si mismos, viéndose reducidos por la fuerza á hacer un servicio tan injusto.

Quiénes mas golpes les daban entre todos eran los tres Prelados, aquel Arzobispo de Arles, que siempre se habia llevado las atenciones y el respeto hasta de los mismos impíos, y aquellos dos Obispos y hermanos Rochefoucault, emparentados con lo mas elevado del siglo, gozando en medio de tales tratamientos de una tranquilidad, y manifestando en sus semblantes una alegría que parecia aumentarse á medida que crecian para con ellos los ultrages. Freqüentemente se proponia á el de Arles valerse de sus amigos y exponer sus achaques, que se aumentaban cada dia, para conseguir ser conducido á su propio palacio; pero se negó constantemente diciendo: » que en ninguna » parte podia hallarse mejor que con tal compañía, y solo se » valió del ascendiente que le daba su dignidad para el alivio de » los demas. » La tercera noche de su prision no tenia aún cama, y no se le pudo hacer que aceptase una, porque teniendo las contadas vió que era preciso que alguno se quedase sin ella, añadiendo así la fuerza del exemplo á la eficacia de sus palabras, que los llenaba á todos de aliento, y su piedad y paciéncia de admiracion. Pero por el mismo hecho de verlo sobresalir así en autoridad, se esmeraban los atroces guardias en acumular sobre él mortificaciones y ultrages, y teniendo presente al Salvador, entregado á una impía é insolente soldadesca, sin menosprecio y sin soberbia como sin hiel, callaba, sufría y se tenía por el mas

feliz, porque tenia mas que padecer. Un guardia brutal quiso hacerlo un dia el objeto de sus atroces juegos: sentóse á su lado, y despues de haberle repetido los sarcasmos groseros y viles bufonadas que pudiera inventar el mas vil populacho, le dió el parabien del noble papel que representaria debaxo de la guillotina: luego se levantó y haciéndole profundas reverencias lo llenaba de señorías, dándole con irrision los títulos de distincion y nobleza que habia abolido la asamblea: viendo que paciente á todo nada respondia, se le sentó de nuevo al lado, encendió su pipa, y comenzó á echarle el humo en la cara. Sufrió el santo Prelado, hasta que sintiéndose próximo á caer mareado de la fetidez, mudó de sitio sin decir palabra, y el bárbaro le siguió, no dando fin á su burla, hasta que perdida la esperanza de impacientarle, dió su obstinacion por vencida. Tan dueño como esto era el santo Arzobispo de los movimientos de su ánimo, con lo que estaba tan dispuesto á dar la vida por su Dios, que despertándole una noche uno de los presos, espantado de un ruido que sintió, y diciéndole: Señor, ya entran los asesinos, respondió con sosiego: y bien, si Dios pide nuestra vida, ya está hecho el sacrificio, y todavía con la palabra en la boca se volvió á quedar dormido.

No edificaban ménos los Obispos de Saintes y de Beauvais. El primero habia conservado en su prision voluntaria toda su alegría natural: siempre risueño y festivo, tenia su gusto en recibir y obsequiar á todos los nuevos presos con una bondad que les hacia olvidar fácilmente sus trabajos. Sobre lo qual me dixo despues uno de estos Confesores: „ se me borraron todas „ mis penas quando ví al Obispo de Saintes acercarse á mí con „ un ayre de serenidad, que me hizo dudar si era ó no del número de los presos. Tampoco sabré ponderar quales eran para con los reciénvenidos los cuidados de los dos Curas Mrs. Auzurel y Fronteau, jóvenes aún: y lo que mas me admiraba en esta prision, si tal puede llamarse un templo que hacia tan augusto la presencia de tantos Confesores, era el silencio religioso observado por ellos en medio del rumor escandaloso de los guardias, siendo de ver un gran número de Sacerdotes arrodillados delante del altar, haciendo el oficio de Querubines

„ mientras que la impía soldadesca lo hacia resonar en blasfemias y demas lenguaje de demonios.“

En medio de estos santos ejercicios pasaron los felices presos muchos sustos, creyendo llegar su última hora. Un dia particularmente oyeron á lo lejos grandes clamores del populacho mezclados con muchos tiros: íbase acercando la grita, y ya se oía el funesto *za irá, za irá*, cancion de muerte ya acostumbrada: no dudan que son ellos á quienes amenaza: corren, pues, de todos los ángulos de la iglesia al presbiterio, se arrodillan delante del altar, piden su proteccion á la Reyna de los Mártires, y ofrecen todos á Dios el sacrificio de su vida. Quando ven que se abre la puerta y entrar los venerables Sacerdotes, los Curas octogenarios, los Profesores y Predicadores ancianos arrancados del asilo de la vejez, de la casa de San Francisco de Sales, fundada para el descanso de los Eclesiásticos invalidos, traídos todos por las cohortes del Finistére, y con ellos todos los jóvenes Levitas preparados para la casa del Señor en la de San Sulpicio junto con sus directores. „ Seria imposible, dice „ Mr. de la Pannonie, expresar la conmocion que sentimos á „ esta vista. Muchos de estos respetables ancianos apenas podian tenerse en pie, siendo cosa que hace estremecer los tramientos que supimos habian experimentado en el camino, y „ particularmente uno, que no pudiendo por sus enfermedades „ seguir al paso con que venian sus crueles conductores, llegó „ todo acardenalado y molido de los culatazos que le habian „ dado para hacerle caminar. Luego que volvimos del asombro „ nos apresuramos á procurar el posible alivio á estos nuevos „ huéspedes, de lo que nos hallamos abundantemente pagados „ por los grandes exemplos que nos dieron, alentando nuestra „ resignacion la suya, que se dexaba ver en la serenidad de su „ semblante, y alegría con que daban gracias á Dios por haber „ dilatado sus años para darles ocasion de morir por su fe.“ Á estos se añadieron luego todos los Sacerdotes que se hallaron reunidos en la casa de los Eudistes, \* y otros sacados de diferen-

\* Eudistes, Colegio Seminario de los varios que hay en Paris destinados para los que aspiran á las órdenes sacras, situado en la calle de las postas barrio de Santiago.

tes cuarteles de París, que antes de fines de Agosto vinieron á aumentar el número de los santos Confesores.

Los legisladores estaban bien instruidos de estas violencias, y léjos de oponerse á ellas, consumaban ellos mismos con apariencia legal la abolicion del Clero. Libre ya de los obstáculos del *veto* Real, renovaron primeramente el decreto contra el hábito clerical, y despues se aplicaron á los medios de desembarazarse absolutamente de los Clérigos, dando el 26 de Agosto el decreto siguiente: „ todos los Eclesiásticos que sujetos al juramento prescrito por la ley de 26 de Diciembre de 1790, y la de 17 de Abril de 1791, no lo hayan aún prestado, ó despues de haberlo prestado lo hayan retractado y persistan en su retractacion, serán obligados á salir en el término de ocho dias de los límites del distrito y del departamento de su residencia, y en el de quince dias fuera del Reyno. En consecuencia se presentará cada qual delante del directorio de su distrito ó municipalidad de su residencia para declarar el país extranjero á que quiere retirarse, y se le dará sobre la marcha un pasaporte que contenga su declaracion, su señalamiento, el camino que debe tomar, y el término dentro del qual debe estar fuera del Reyno. Pasados los quince dias, los Eclesiásticos no juramentados que no hubieren obedecido á las disposiciones precedentes, serán deportados á la Guayana francesa. Los directorios de los distritos los harán prender y conducir de brigada en brigada á los puertos de mar mas vecinos, que les serán indicados por el consejo ejecutivo provisorio. Este dará en consecuencia sus órdenes para hacer equipar las embarcaciones necesarias al transporte de dichos Eclesiásticos. Los así deportados y los que voluntariamente salgan en cumplimiento del presente decreto, no teniendo pension ni renta alguna, obtendrán doce reales por cada jornada de diez leguas hasta el lugar de su embarco ó hasta las fronteras del Reyno para subsistir durante el camino: estos gastos los sufrirá el tesoro público y los adelantarán las caxas del distrito. Todo Eclesiástico que se quedare en el Reyno despues de haber hecho su declaracion de salir y obtenido el pasaporte, ó que volviere á entrar despues de haber salido, será conde-

„ nado á diez años de cárcel. Exceptuáanse de las disposiciones precedentes los enfermos con certificado del oficial de sanidad que se nombrará por el consejo general del comun, y los sexágenarios, de cuya edad deberá constar igualmente. Todos los Eclesiásticos que se hallaren en el caso de esta excepcion, se unirán en la capital del departamento en una casa comun, cuya inspeccion tendrá la municipalidad. „

Añadia últimamente este decreto, „ que todos los demas Eclesiásticos no juramentados, seculares y regulares, Sacerdotes, ordenados de menores y religiosos legos, sin excepcion, aunque no estuviesen sujetos al juramento prescrito por las leyes de 26 de Diciembre de 1790 y de 27 de Abril de 1791, quedarían sujetos á las mismas disposiciones, siempre que por algun acto exterior hubiesen ocasionado turbaciones, ó que fuese solicitada su deportacion por seis ciudadanos domiciliados en su departamento. „ De este modo la asamblea, que por los decretos de 29 de Diciembre de 1791 y de 26 de Mayo de 1792 habia hecho la apariencia de poner aparte los intereses de la Religion en el juramento que exigía de los Eclesiásticos, no se dignaba ya de recurrir á los mismos artificios, sino que volvia manifestamente al juramento de mantener la constitucion, especialmente decretada para el Clero, cuya constitucion se habia declarado ya por el Sumo Pontífice ser un conjunto de cisma, heregia é impiedad, en que relucia el designio de destruir la Religion. Así continuaba en ser la verdadera causa de todas las persecuciones del Clero el negarse éste al perjurio de la apostasia. Así tambien en un tiempo en que millares de jacobinos perseguian por todas partes á los Eclesiásticos no juramentados, la asamblea, que hasta allí habia exigido á lo ménos el voto de veinte ciudadanos activos para el destierro de cada uno de estos Eclesiásticos, se contentó con la demanda de seis jacobinos solamente, aun para los que no exercian funciones públicas.

Parecia no permitir Dios este exceso de severidad, y la vuelta directa y sin disimulo al juramento de la apostasia, sino para apartar mas de la causa de la persecucion del Clero todo pretexto de aristocracia, para que no fuese posible negar que la

verdadera causa era en ellos la fidelidad á su conciencia, y en sus enemigos el odio de la verdadera Religion.

Aun estaba muy léjos este odio de darse por satisfecho con el nuevo decreto; debia, en fin, descubrirse la atrocidad de los pretendidos filósofos, y que supiese el universo qué tolerancia era la que pedian tantos años ha como principalísima obra de la sabiduria humana. Era menester que fuese humillada su soberbia por la sucesiva manifestacion de su odio feroz contra Dios, contra el Sacerdocio y el trono, y que aprendiesen todos en sus operaciones la realidad del deseo de Diderot, padre de todos ellos: *Quando veré yo al último de los Reyes abarcada con un cordel hecho de las tripas del último Sacerdote!* Este odio infernal habia pasado del corazón de Diderot al de Condorcet, de éste al de Manuel, Robespierre, Panis, á el de todos los municipales del gran clubs, y á el de los grandes maestros de los jacobinos; porque todos ellos se llamaban filósofos, hablaban de humanidad, de tolerancia universal, de las luces que habia que derramar sobre todo el género humano, del imperio de la filosofía, de la razon suprema que debia substituir al reynado de la Religion, supersticion, culto de los altares, y cetro de los Soberanos. Era este condorcetismo una verdadera secta, que se habia unido á todas las del reyno para la obra de la revolucion: al principio se valió del despojo y del robo contra los Sacerdotes: despues vinieron las varas y nervios de animales, y últimamente parecieron las segures y las picas: la seguridad de quedar sin castigo les habia quitado toda la vergüenza de hacer mártires, y hecho desaparecer la decantada tolerancia, y ya llegaba el tiempo en que, humillándolos el cielo, mostrase ser su corazón de canibales, y supiese el mundo, que entre la escuela de Condorcet y la de Jourdan, no habia mas diferencia que la que hay entre el artífice y su instrumento, ó entre Tiberio y sus verdugos.

Estaban ya prontas las víctimas de todos géneros, porque se habia hecho con todo cuidado la pesquisa de los pocos verdaderos realistas que quedaban en Paris, y deseando los jacobinos deshacerse de los constitucionales con mas furor que de los realistas, las visitas domiciliarias hechas con pretexto de procu-

rarse armas, les habian servido para asegurarse de los amigos conocidos del fayetismo, y de los zeladores ineptos de una constitucion bastarda, que detestaron ellos siempre aun por sola la sombra de Rey que conservaba. Estaban, pues, la casa de la Force, la Concergería, la Abadia y todas las demas cárceles de Paris llenas por la mayor parte de estos constitucionales, á quienes queria Dios castigar por su rebelion contra el trono, llena de hipocresia, suscitando contra ellos otros rebeldes consumados en aquella audacia y furor de que ellos habian adolecido.

Otras eran las intenciones de Dios sobre ciento y ochenta Sacerdotes suyos encerrados en la iglesia del Carmen, noventa y dos en la de San Fermin, y de quarenta á cincuenta en otras prisiones, los cuales debian tener la misma suerte, queriendo el Todo-poderoso llenar al mundo de admiracion con el espectáculo de la constancia de sus mártires en aquella misma fe, cuyo imperio se lisongeaba la impiedad destruir en aquellos mismos dias. Luego que decretó la asamblea la deportacion de los Sacerdotes, juntó Manuel el consejo de sus municipales, que compuesto de Marat, Panis, Legendre, y un Sacerdote juramentado, deliberó en secreto sobre él, y hallándolo demasiado suave, pronunció en lugar de destierro la sentencia de muerte. Llamóse al verdugo, y preguntado qué número de cabezas podria hacer caer debaxo de la guillotina en un dia, como respondiese que de quinientas á seiscientas, dixeron los municipales: de esta suerte, ninguna necesidad tenemos de tí, pareciéndoles muy lento este servicio de matar. Al salir dixo el municipal sacerdote: acabamos de tomar una resolucion terrible, pero necesaria; y tenia razon este apóstata, porque para acabar con la Religion, era necesario quitar la vida á todos sus verdaderos Sacerdotes.

Manuel partió de allí á la iglesia del Carmen, donde echó la vista sobre todas las víctimas, las consideró y las contó. Hallábase entre aquellos presos un seglar llamado Duplain, cuyo delito era haber dado algunos elogios á la constitucion. Este diarista habia manifestado varias veces á los Sacerdotes la admiracion que le causaba su serenidad y resignacion, diciéndoles: *yo veo aquí algo de extraordinario, y que no padezco yo por la misma causa*, conociendo él mismo que no era la suya la de los Mártires.

Habia ya escrito á Manuel, y enviado su muger á Pethion, que á fuerza de empeños consiguió la libertad, porque no debía correr mezclada con otra la sangre de los Mártires. El pretexto con que habia venido Manuel era el exámen de la causa de este diarista, y terminada la comision, se aproximó á él Mr. de Salin, Canónigo de Couzerans, uno de los Sacerdotes presos, y le pregunta si sabia el fin de esta prision, y el delito que era causa de ella: respondió Manuel: « se ha establecido un juzgado para vosotros, en el qual se ha comenzado por los mayores reos: á vosotros os llegará la vez; pero como no sois igualmente culpados, no puede ser una la suerte de todos, y los que se hallaren ser inocentes quedarán libres. » Insistió el Sacerdote en que le dixese determinadamente el delito, y luego señalando con el dedo á los ancianos de San Francisco de Sales, le dice: « nos acusais de conspiracion, ved que traza de temibles conjurados tienen aquellos pobres. » Manuel añadió sin contestar: « está resuelta vuestra deportacion, y se trabaja en el modo de executarla: los sexágenarios y enfermos se encerrarán en una misma casa, y yo querria me dixeseis si conoceis alguna mejor para este objeto que la de Port-Royal: qualquiera que sea se cerrará en estando llena, y gravaremos sobre su puerta esta inscripcion: *quæ jacet el que fuit Clero de Francia.* En quanto á los otros, aquellos que el juzgado declarare inocentes, tendrán la libertad de vacar á sus negocios durante el tiempo acordado por la ley, y es menester tomar medidas para señalarles alguna pension, porque seria cosa inhumana expatriarlos, y enviarlos á cargo de otro pais sin asignarles algun socorro para vivir en su retiro. » Así hablaba confidencialmente con las víctimas el mismo que habia pronunciado el decreto de su muerte.

Habíaseles prohibido algunos dias ántes la salida á la huerta: dió orden de que se les volviese á conceder, y estaban en ella el último Miércoles de su vida, quando vino Manuel á contarlos, y observar todas las partes y rincones del sitio: acercáronsele con la misma confianza y sencillez algunos Sacerdotes, y él les dixo estar ya terminado el último decreto de la municipalidad relativo á su deportacion, y que se les notificaria al

dia siguiente, añadiendo: « debereis evacuar el departamento en el espacio señalado por la ley, en lo que ganaremos todos; porque vosotros gozareis de tranquilidad en vuestro culto, y nosotros dexaremos de temeros; porque si quedais en Francia, sereis como Moyses, que levantaréis las manos al cielo contra nosotros mientras peleamos. » Algunos preguntaron si les seria permitido llevar ciertos efectos, y él respondió: « no hay que tomarse cuidado por eso: siempre sereis mas ricos que Jesuchristo, que no tuvo en que reclinarse la cabeza. » Estos dichos de un hombre que acababa de hablar de un juzgado creado para examinar la causa, y luego dice haber de salir todos desterrados sin juicio; promete pensiones, y no quiere que piensen en la precisa prevencion para el viage; de un insensato que no acierta á disimular el temor que le causan las oraciones de aquellos á quienes persigue: todos estos sarcasmos, necedades y burlas descubrian bastante junto con la ferocidad, la turbacion y embarazo de un tirano delante de sus víctimas, entretenido en engañarlas entretanto que llega la hora del sacrificio. Ya habia pasado el Viernes, y aun no se les habia notificado el decreto prometido, y no obstante muchos de los presos no podian creer de Manuel engaño tan indigno; pero otros conocieron ó sospecharon toda la crueldad del proyecto, que él ocultaba mal en aquella gravedad afectada.

Los tres Prelados mandaron á los domésticos que tenían permiso para verlos, que no volviesen el dia siguiente sin haber pagado todas sus deudas y traerles el recibo, cuyos pagos se negaban á admitir los acreedores, particularmente el sastre, que llorando protestaba tenían mayor necesidad de este socorro que él personas tan venerables; pero se les obligó á aceptar, por la desazon que se les causaria de otra suerte. El mismo dia tuvieron otro presagio, que pudo darles bien á conocer lo que se intentaba; porque siendo así que desde su entrada en la prision se les registró cuidadosamente, no dexándoles ni cortaplumas ni tixeras, que se examinaba con cuidado quanto entraba, y aun la comida; que á la mesa solo se ponian para tanto número de personas catorce cuchillos, los que se recogian al punto y se contaban, y que frecuentemente se desenvolvía todo,

especialmente las camas, de modo que era imposible que hubiese armas ocultas; con todo, este día no sólo se hizo el registro dos veces y con mas esmero, sino que se quitó de la iglesia quanto habia movable, sin dexar en ella ni una cruz.

Por fortuna quedó olvidado un Crucifijo, que se apresuraron los dichos Sacerdotes á colocar sobre el altar, y delante de él ofrecieron todos su vida, adorándolo y encomendándosele muy particularmente aquella noche. Ya dormian sosegadamente, quando á las once los despertó un nuevo rasgo del mas pérfido disimulo, que fué venir Manuel y Pethion á intimarles tan á deshora el decreto del destierro. Muchos se volvieron á dormir esperando ver por la mañana abrir las puertas para su salida; pero otros sospecharon de cosa tan intempestiva. La verdad era, que entonces mismo se estaba abriendo una sepultura capaz de todos ellos, ajustada el día ántes por cien escudos á cada trabajador. Pasóse el Sábado en los ejercicios ordinarios de piedad, y en la vaná esperanza del cumplimiento de lo notificado aquella noche. El Domingo hubo la misma seguridad, sin mas novedad que haberse retardado la hora del esparcimiento, en el que notaron algunos, que habian sido observados con mas cuidado. Al volver á la iglesia hallaron mudada la guardia mas temprano que lo acostumbrado, y uno de los nuevos guardias les dixo: » no temais nada, Señores: si acaso vinieren á acometeros, nosotros somos bastante fuertes para defenderos. »

No pudieron comprehender bien el sentido de estas palabras, porque ignoraban lo que pasaba entonces mismo en la ciudad, puesta en la mayor consternacion por la toma de Longwi, y la noticia del sitio de Verdun por el ejército de Brunswick. Los conjurados habian deliberado sobre retirarse de la capital; pero Danton, ministro de la justicia, habia concebido otros medios para rechazar á los austriacos y prusianos: queria, segun la expresion del día, que se levantase la Francia toda entera; pero que comenzase por deshacerse de todos aquellos á quienes tenian amontonados en las cárceles los municipales, tanto realistas como apasionados á la constitucion, y sobre todo Sacerdotes no juramentados. Conforme á esto se señaló para la horrible execucion el Domingo dos de Septiembre. En este día,

á fin de conmover al pueblo, se esparció la falsa voz de haberse rendido ya Verdun. Los municipales anunciaron á la asamblea que iban á convocar al vecindario para levantar un ejército de sesenta mil hombres; que á medio-día se dispararia el cañon de señal, y se tocaria á rebato para convocar al campo de Marte á los ciudadanos dispuestos á marchar. Todo Paris estaba consternado, y en esto los municipales, en lugar de juntar gentes en el tal campo, repartian á sus bandidos y verdugos en los parages oportunos á su intento, dándoles las últimas instrucciones. Durante estos preparativos se sirvió la última comida á los Sacerdotes del Carmen, y en toda ella no hacia mas que repetirles el oficial de guardia: *quando salgais se dará á cada uno lo que es suyo*. Comieron tranquilamente y con mas gusto que lo acostumbrado, y ya estaban ocultos los asesinos dentro de la casa. Dificóse el paseo, y á las quatro de la tarde, quando creían ya los presos que no lo habria, no solo se les permitió salir, sino que contra lo acostumbrado, obligaron á los ancianos y enfermos, y á todos los que quedaban rezando en la iglesia, á que saliesen á la huerta. Es esta huerta adonde salian, un quadrado dividido por calles en quatro divisiones: al medio día tiene las paredes del convento, al oriente una parte de la iglesia, de donde se sale á ella atravesando un corredor, y en el ángulo del norte una capillita abierta con sus rejas, á la qual se retiraban siempre algunos para continuar sus devociones mientras tomaban el ayre.

Reunidos en la huerta los ciento y ochenta Sacerdotes, comenzaban sus acostumbrados ejercicios, sin hacer alto en que al salir á ella habian visto doblada la guardia, quando de repente se oyó á lo léjos un ruido, que era de unos bandidos que atravesaban una calle vecina caminando para la Abadia. Al oírlo los que estaban ocultos en el corredor que daba á la huerta, sin poderse contener, por entre las rejas de las ventanas tienden las bayonetas y las picas, y mueven los sables gritando: *¡malvados! ya llegó la hora de vuestro castigo*, añadiendo mil imprecaciones. A esta vista se retiraron casi todos los Sacerdotes al extremo de la huerta, se ponen de rodillas, ofrecen á Dios el sacrificio de sus vidas, y se dan mutuamente la última bendición.

El Arzobispo de Arles estaba entonces cerca de la capilla con el abate de la Pannonie, que le dixo: *por lo visto, Señor, vienen á asesinarnos.* » Y bien, amigo, respondió el Arzobispo, » si es la hora de nuestro sacrificio, sometámonos, y demos gracias á Dios de poder ofrecerle nuestra vida en defensa de tan buena causa. » Quando él decia esto, habian ya forzado los bandidos la puerta de la huerta en número de solos veinte, á que despues se agregaron otros diez, y se dividen por las diferentes calles dando furiosos alaridos. El primer Sacerdote que encontraron fué el Padre Geraul, Director de las Señoras de Santa Isabel, que se había quedado rezando en su breviario junto al estanque, sin interrumpir el oficio por el estrépito y susto: cayó al primer sablazo, y lo remataron otros dos atravesándolo con las picas. El segundo que sacrificaron fué Mr. Salins, á quien tanto habia dicho Manuel sobre medidas para las pensiones: iba á hablarles, y al punto cayó muerto de un balazo.

Los asesinos que habian tomado por la calle que iba á dar á la capilla, se adelantaban gritando: *¿dónde está el Arzobispo de Arles?* el qual los esperaba en el mismo puesto sin la menor alteracion. Llegan los asesinos al grupo de Sacerdotes, donde estaba el santo Prelado al lado de Mr. de la Pannonie, y preguntan á éste: *¿eres tu el Arzobispo?* El junta las manos, baxa los ojos, y no responde: vuélvense hácia el mismo Arzobispo, y le dicen: *¿eres tú malvado? Sí, Señores, dice, yo soy.* Y ellos entonces gritan: *¡ah malvado! ¡tú eres el que has hecho derramar tanta sangre de patriotas en Arles!* = Señores, *jamas he hecho mal á nadie, que yo sepa.* = Bien, dixo uno de ellos: *ahora voy á hacértelo yo á tí,* y diciendo y haciendo, le descargó un sablazo en la cabeza. El Prelado inmóvil esperaba la repetición sin hablar palabra: dale otro verdugo el segundo, con que le desbarata la cara: él siempre mudo, y todavía en pie, se lleva las manos á la herida, y en este estado recibe otro en la cabeza, del qual cae en tierra, y respirando aún, otro bandido, armado de una lanza, le atraviesa el pecho con tanta violencia que no pudo sacar el acero: pone entonces el pie sobre el cadáver, y sacándole el relox, se lo muestra á los compañeros como precio de su triunfo. Entretanto unos quince ó veinte Sacerdotes de los mas jóvenes se

habian aprovechado de la facilidad de saltar una tapia para huir por las casas vecinas; pero haciendo muchos de ellos la reflexión de que esto podia enfurecer mas los asesinos contra los demas Sacerdotes, se volvieron á dentro y se juntaron con ellos, lo qual visto por los asesinos, pusieron allí un centinela con la espada en una mano y una pistola en la otra.

Viendo caer al Arzobispo, entonaron los asesinos aquel su canto de canníbales, que junto con los feroces acentos de los marseleses, resonaba en toda la huerta al compas de la matanza. Habíase refugiado un gran número de Sacerdotes en la capilla, esperando allí la muerte en oracion con un profundo silencio: acude allá una parte de los verdugos, y por la baranda desde fuera apuntan al monton y hacen su descarga: en espacio tan estrecho caen unos sobre otros: los que quedan de rodillas, mientras esperan su golpe, se ven rociados todos de la sangre de los caídos, la qual corria ya abundante por el suelo. Cayó el Obispo de Beauvais quebrada una pierna, y le tuvieron por muerto los Sacerdotes que estaban á su lado: sobre él cayeron luego otros muchos, de todos los quales no se oyó siquiera una queja, como me dixo despues Mr. de la Pannonie, que retirado allí despues de la muerte del Arzobispo de Arles, escapó por voluntad divina.

En campo mas abierto perseguia el resto de los asesinos á los Sacerdotes esparcidos por la huerta, echándolos por delante, y derribando unos á sablazos, atravesando á otros con las picas, haciendo fuego sobre otros, repitiendo el horrible canto de su *carmaniola*, vomitando las atroces injurias de malvados, bribones, ladrones, y añadiendo, para hacer mas patente que todo era odio de la Religion: » ya no engañaréis al pueblo con el pedacito de pan sobre el altar: que venga, que venga aquí » á favoreceros aquel Papa, aquel antecristo que tanto habeis defendido, y os saque de nuestras manos. » Enfurecianse sobre todo de verlos serenos, y no pudiendo llevar que esperasen la muerte de rodillas haciendo oracion, les decian: levantaos, hipócritas, y corred, obligándolos á dispersarse, para tener el bárbaro y brutal placer de correr tras ellos como cazadores, y matarlos como á fieras.